

## **“La guía del Guadarrama” por Sebastián Bastidas.**

Cristina llegó a la plaza de Navacerrada cinco minutos antes de la hora fijada para su cita y como tenía por costumbre, como hábito adquirido y gesto automático, giró instintivamente la mirada hacia la cumbre de la Maliciosa y recordó, con melancolía pero con naturalidad, unas palabras que de niña había oído a su abuelo mientras veían juntos en televisión un reportaje sobre Nueva York. “Yo modestamente no cambiaría mi Guadarrama por ninguna urbe lejana, porque si en otros lugares hay edificios que rascan el cielo, aquí las montañas lo acarician que es mucho más agradable”. Pasados los años Cristina no encontraba, ni ya buscaba, razones para contrariar a su abuelo. Había crecido viendo los Siete Picos, la Bola del Mundo y el resto de cimas que en verde, ocre o blanco se fundían en armonía con el azul celeste o el negro estrellado.

Miró a su alrededor y observó la estampa. Era una mañana de otoño temprano, temperatura fresca y tiempo despejado. Algunos vecinos se dirigían a sus trabajos, a hacer la compra o a sus quehaceres cotidianos. Pero el lugar se encontraba poco concurrido. Incluso algunos mesones y bares se encontraban cerrados a la espera del fin de semana.

Pronto reparó en una pareja, una mujer y un hombre sentados en el borde de la fuente. Encajaban a la perfección con la descripción que le habían dado la tarde anterior y pocas dudas tuvo de que aquellos eran sus clientes. Cristina había estudiado turismo y viajado por diferentes países y a su regreso había llegado a la conclusión que donde más feliz se hallaba era en su Cercedilla natal, por lo que decidió establecerse allí definitivamente y ganarse la vida alternando clases de equitación y rutas a pie. La tarde anterior había recibido la llamada de una mujer llamada Marta. Deseaba realizar una ruta por la sierra junto a su pareja y necesitaban una guía local con experiencia en montañismo.

Al preguntarla sobre las preferencias de la travesía, dificultad, duración y recorrido Marta sólo puso una condición: que pudieran disfrutar de unas espectaculares y claras vistas del casco urbano y céntrico de Madrid a la hora de la comida. Condición sencilla de cumplir en cuanto al itinerario, pues bien conocidos son los distintos miradores y lugares desde donde disfrutar de tan

privilegiadas vistas, pero imposible de garantizar en cuanto a la caprichosa meteorología pues con frecuencia el Parque del Guadarrama y sus alturas velan los paisajes lejanos, e incluso los más próximos, con un denso manto de nubes y niebla. Por suerte, por el momento, el día parecía propicio.

Cristina propuso subir a Majalasca, en los Siete Picos, ir después al mirador de los Herreros, seguir hasta Navalorrique y finalmente descender a Camorritos. Ambos clientes, tal vez por desconocimiento del terreno y por confianza en su guía, aceptaron de inmediato.

Marta era morena, de piel nívea, no muy alta y de gesto amable. Su acompañante, Fernando, era mucho más alto, de constitución delgada, casi endeble, tez bronceada y cabello castaño.

Emprendieron el paso y al poco tiempo se vieron ya inmersos en aquel mundo de hadas, sensorial y casi onírico que es la sierra del Guadarrama cuando se empeña en mimar a sus visitantes con la visión de sus senderos serpenteantes, de sus huecos valles allanados por las copas de los robles y los pinos, con la naturaleza que perfuma el aire de jara, tomillo y romero y mece el tacto de la piel con el frescor húmedo de los arroyos al descolgarse por sus cauces al tiempo que susurran, guían y marcan el compás al ritmo sonoro del agua.

Unas horas más tarde llegaron a Majalasca. Desde allí pudieron ver el horizonte a kilómetros. El embalse de Navacerrada parecía estar al lado, apenas a tiro de piedra y los pueblos parecían los juguetes desperdigados por el suelo de algún niño desordenado. Más lejos se vislumbraba Madrid, con sus torres icónicas. Tal y como deseaban sus clientes la visión era nítida y diáfana.

Propusieron hacer un alto para comer. Fernando, que parecía totalmente concentrado en el paisaje, sacó de su mochila un trípode y un telescopio terrestre y permaneció junto a él. Marta sacó algunas viandas y se puso a charlar con Cristina. A la guía le preocupaba que Fernando no comiera nada. No era la primera vez que alguno de sus clientes no se había alimentado bien y había acusado la imprudencia en la segunda parte de la ruta. Aquella actitud le empezó a parecer extraña. Era habitual y comprensible que los senderistas al

ver aquella estampa se quedaron casi hipnóticamente prendados de ella y estuvieran varios minutos escudriñando cada detalle y alternando silencios con llamadas de atención de unos a otros para destacar algún edificio lejano, localidad o accidente geográfico al que señalaban con el dedo extendido. Sin embargo Fernando llevaba inmóvil más de 40 minutos inclinado sobre el visor. Por si eso fuera poco Cristina reparó en que, pese a que intentaba aparentar normalidad, Marta también estaba nerviosa.

De pronto Fernando exclamó un sonoro “¡ya!” y como un resorte Marta se levantó sin miramientos dejando caer parte de su comida. Se acercó y en voz inaudible hablaron entre ellos. A continuación Marta regresó junto a la guía mientras Fernando recogía el telescopio. “Nos gustaría continuar, ¿podría llevarnos a la cima de La Peñota?”. Cristina miró su reloj. Eran las 3 de la tarde pasadas y desde donde estaban hasta la cima de La Peñota, aun yendo a buen ritmo, tardarían al menos 3 horas más. Después sería imposible descender hasta algún pueblo antes del anochecer. “No, sería prudente”, contestó. “Podemos ser generosos”, insistió Marta sacando varios billetes de 50 euros del bolsillo de su mochila. “Lo lamento mucho pero me temó que el dinero no retrasará la puesta de sol” intentó zanjar la guía mientras se agachaba a recoger los restos del picnic, “puedo llevarles a un mirador desde el que...”, “¡me temó que no nos está entendiendo!” la interrumpió Marta con rudeza. Cristina, molesta, levantó la mirada y con estupor vio como la mujer en lugar de billetes sostenía en su mano una pistola. “Eso no era necesario” se lamentó Fernando. “Cállate, cuando accediste a participar en esto ya sabías que tendríamos que llegar hasta las últimas consecuencias” le reprochó Marta.”¿A participar en qué?” preguntó Cristina alarmada. “¡En nada que a ti te importe!,- se encaró Marta- solo tienes que saber dos cosas. La primera. Tu colaboración será recompensada, la rebeldía castigada. Si no nos causas problemas no te pasará nada. La segunda, es posible que hasta que lleguemos a La Peñota nos crucemos con alguien. Si intentas avisarles o pedir ayudar les mataremos y ninguno queremos eso ¿verdad?”.

Tras varias horas de marcha el cielo empezó a encapotarse. “Vamos a tener niebla” se dijo Cristina a si misma sabedora de lo cambiante que podía ser el tiempo en aquella zona. Poco después la guía se percató de que estaban

llegando a la cima de La Peñota y no pudo evitar empezar a preguntarse que es lo que iban a hacer con ella una vez coronaran. Después de lo sucedido no parecían el tipo de personas en cuya palabra se pudiera confiar.

Un minuto después llegaron a la cima. La montaña se había acabado. Ya no había más pendiente que subir. La niebla era densa pero se podía ver a una decena de metros de distancia. “¡Alto!” gritó Marta. Cristina se giró y vio a Fernando dando pasos de un lado a otro siguiendo alguna instrucción que aparecía en la pantalla de su teléfono móvil. “La geolocalización indica que es aquí”, dijo él mientras se quitaba la mochila. Sacó una pala plegable y empezó a cavar. Marta, que aún empuñaba el arma con firmeza, alternaba su ávida mirada entre Fernando y la rehén. De pronto resonó un golpe metálico. El cómplice levantó la cabeza y con júbilo exclamó “¡Lo tenemos! ¡está aquí!”. “¡Sácalo! ¡sácalo!” ordenó Marta incapaz de refrenar su codiciosa ansia. Extrajo de la cavidad una caja metálica de unos 20 de largo por 10 de ancho. Tenía un candado. Tiró de él con fuerza y al ver que seguía cerrado lo partió con la pala. Lo quitó y lo tiró con desprecio. Marta sobreexcitada se acercó a examinar el botín. “¡Somos ricos! ¡somos ricos!” repitió pletórica incapaz de apartar los ojos del tesoro. Cristina se dio cuenta de que era su oportunidad. Sin dudarlo se adentró en la niebla. Unos instantes después a sus espaldas escuchó como decían “¿y la chica? ¿dónde está?”, pero era demasiado tarde para ellos. La montaña se había convertido en libertad para ella y en una inmensa prisión para sus antiguos carceleros.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegó al cuartel de la Guardia Civil de Cercedilla. Relató a los agentes todo lo que había sucedido y estos comprobaron si se había recibido alguna llamada a los servicios de emergencia. Ninguna relacionada. Ni siquiera viéndose en peligro aquel dúo de delincuentes quería involucrar en sus actividades a los cuerpos de seguridad.

Pasadas las 8 de la mañana del día siguientes les encontraron cobijados bajo unas piedras, perdidos y con signos de hipotermia. Tras perder a su guía habían intentado encontrar el camino de vuelta pero las indicaciones del gps de sus móviles no habían sido suficientes en un terreno lleno de desniveles y trampas naturales. Les trasladaron a las dependencias donde les atendieron y

les incautaron la pistola y una caja con varios diamantes en su interior. Les tomaron declaración, y pese a que Marta aún se mostraba altiva, Fernando colaboró con la esperanza de recibir un trato más indulgente.

Tres días antes de aquella excursión Carlos, un empleado de una multinacional dedicada a la asesoría jurídica y financiera había recibido el encargo de emitir un informe que afirmara que 17 piezas de diamante habían sido adquiridas de forma legal por una mujer americana llamada Mercy. El problema era que esas piedras preciosas procedían de zonas en conflicto y estaban manchadas de sangre. El marchante que se las había vendido acababa de ser detenido y Mercy, por miedo a un registro en su domicilio, las había enterrado en un punto de la Sierra del Guadarrama. Temerosa de que la policía ya la estuviera siguiendo, exigió a la compañía que ellos mismos se encargaran de recuperar las joyas, pero no estaba dispuesta a darles la localización de las mismas hasta que le aseguraran que ese informe falso demostraría su inocencia. Las coordenadas las facilitaría en persona en una segunda reunión. Por supuesto se negaba a darlas por teléfono, mensaje, e.mail o cualquier medio que a esas alturas pudiera estar ya pinchado por orden judicial. Carlos examinó el caso durante varios días y llegó a la conclusión de que era posible eximir a Mercy de toda responsabilidad con la documentación adecuada. También llegó a otra conclusión: estaba harto de trabajar de sol a sol por un sueldo que tampoco le permitía grandes lujos. Por esa razón propuso a su hermana Marta y a su cuñado Fernando que se fueran a la sierra el mismo día que tenían la segunda reunión. Así podrían llegar a las joyas antes que cualquier empleado de la compañía. Sabía que no podía darles las coordenadas por cualquier medio electrónico porque eso dejaba un rastro, pero nada le impedía indicárselas por medio de un laser y un código numérico desde la azotea del rascacielos donde habitualmente fumaban los empleados y que no estaba demasiado concurrido a la hora de la reunión. Sería difícil probar nada contra ellos cuando no encontraran los diamantes. Ni siquiera sospecharían del leal Carlos. Era un plan que merecía la pena intentar. Tan solo se necesitaba un potente telescopio terrestre, un día soleado y una guía que conociera el terreno. La pistola simulada fue idea de Marta.